



La cuaresma es el tiempo propicio para la conversión. Y la conversión es la única reacción válida y adecuada a la terrible realidad del pecado que mata la vida de Dios en nosotros, mata el verdadero amor.

Convertirse a Dios es volvernos a Él para que Él nos cure y nos abraze, para experimentar el gozo inmenso de su perdón misericordioso, que es la mejor expresión de su amor divino. No hay alegría comparable a la que produce esta experiencia.

La Santidad, que es nuestro fin y nuestra meta, **consiste en la perfección de la caridad**. Es la vocación a un amor muy puro y total a Dios (primer mandamiento) y al prójimo (segundo mandamiento, semejante al primero).

El pecado, sin embargo, mata el amor.

Es nuestra gran desgracia. El pecado es siempre egoísmo, que nos encierra en nosotros mismos, nos obceca en nuestros intereses y caprichos y nos hace esclavos: *"El que comete pecado es esclavo"* (Jn 8,34). El pecado endurece el corazón. Y porque estamos llenos de egoísmos y de vicios contrarios al amor, amamos en general muy mal. Se impone la purificación del corazón.

"El bautizado, con la gracia de Dios y luchando contra los deseos desordenados, alcanza la pureza del corazón mediante la virtud y el don de la castidad, la pureza de intención, la pureza de la mirada exterior e interior, la disciplina de los sentimientos y de la imaginación, y con la oración" (Compendio 529).

No debe extrañarnos que en cuanto el alma se determina a la santidad, a amar del todo al Señor, en cuanto quiere volar alto y remontarse a la pureza de Dios, tropieza en seguida con el impedimento del **pecado original**. Quiere el alma entregarse del todo al AMOR TOTAL y aparece con fuerza este encadenamiento interior: los apegos le atan, le retienen.

"El alma, después del pecado original, verdaderamente está como cautiva en este cuerpo mortal, sujeta a las pasiones y apetitos naturales" (S. Juan de la Cruz)

Aparece en seguida el dilema, las competencias, los enemigos del alma, la lucha...: *"No podéis servir a dos señores"*. No podemos servir a nuestra propia voluntad (pasiones, tentaciones, apetitos y caprichos de nuestra naturaleza...) y a la vez a la voluntad de Dios.

El alma siente dentro no sólo la voz de Dios, sino también la de su naturaleza herida. Se ve reflejado en el salmo: *"Si mi enemigo me injuriase, lo aguantaría; si mi adversario se alzase contra mí, me escondería de él. ¡Pero eres tú, mi compañero, mi amigo y confidente, a quien me unía una dulce intimidad!"* (Sal 54, 13).

Ese rival es mi propio yo, que me acompaña a todas partes, con quien hablo permanentemente; ese yo tan mimado por mí, que conoce todos mis secretos... Enseguida notamos la lucha:

- Me siento incapaz de tratar mejor a quien me cae peor o de comer más de lo que me gusta menos

- Incapaz de poner la otra mejilla, cuando alguien me ofende
- Incapaz de carecer incluso de lo superfluo
- Caprichos interiores y enfados y quejas cuando me contrarían
- Perezas, envidias, rencores...
- Pendientes del si me apetece o no, si me gusta o no...



¡Es necesario levantar el apetito de niñerías!: *"Porque esta es la propiedad del que tiene apetitos, que siempre está descontento y desabrido. Y como no se vean hartos, murmurarán"* (S. Juan de la Cruz)

Se comprende así y se descubre la importancia de la mortificación, el verdadero sentido de la penitencia.

Hay un **antagonismo total** entre naturaleza herida y la gracia (Cf. S.

Pablo)¹. *"No hay enemigo peor ni más dañoso para el alma, que tú mismo, si no estás avenido por el espíritu"* (Kp III, 13)

Se impone una **guerra sin cuartel** ante un natural que grita por un amor propio demasiado acomodado ¡Contrariarla! Ropa pobre, cama dura, comida seca, trabajo áspero, casa fría, mirada recogida...

Se impone la **ABNEGACIÓN**:

«Sólo el espíritu da vida, la carne no sirve para nada» (Jn 6, 63). Es preciso que el hombre carnal -adámico, viejo, animal y terreno- venga a transformarse en hombre espiritual, pues *«el espíritu está pronto, pero la carne es débil»* (Mt 26,41). De poco valdría que el hombre se liberara del Demonio y del mundo, si estuviera sujeto a la carne. El cristiano, el hombre nuevo, espiritual, celestial, nace y crece en la medida en que se produce la abnegación (*arneomai*) de la carne, el renunciamiento (*apotasso*), el despojamiento y desposeimiento (*apotithemi*), la mortificación del hombre carnal.

Jesús enseñaba esta doctrina a todo el pueblo, no a un grupo reducido de ascetas. *«Decía a todos: El que quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque quien quiere salvar su vida, la perderá, y quien perdiere su vida por mi causa, la salvará»* (Lc 9,23-24; +Mt 16,24-25; Mc 8,34-35). No es posible ser discípulo de Jesús si no se le prefiere a todo, aun a la propia vida, y si no se renuncia a todo lo que se tiene (Lc 14,26-27. 33). Para dar fruto en Cristo, es preciso caer en tierra, como grano de trigo, y morir a sí mismo (Jn 12,24-25). Desde luego, este lenguaje tan duro constituye en su desmesura una verdadera provocación. ¿Cómo entenderlo?

Y San Pablo enseña lo mismo con palabras equivalentes. *«Dejando vuestra antigua conducta, despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error; renovaos en vuestro espíritu, y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdaderas»* (Ef 4,22-24; Rm 13, 12.14; Col 3,9-10).

¹ La naturaleza herida es astuta y sibilina; la gracia es sencilla y sin doblez. La naturaleza acaricia anchura y regalo; la gracia busca estrechez. La naturaleza ama el descanso; la gracia, el trabajo. La naturaleza los honores; la gracia, el oprobio. La naturaleza lo temporal; la gracia, lo eterno. La naturaleza es codiciosa; la gracia,

generosa, dadivosa. La naturaleza busca el aplauso; la gracia, la discreción, huye la singularidad. La naturaleza se derrama; la gracia se recoge.

La razón es clara: «No somos deudores a la carne de vivir según la carne, que si vivís según la carne, moriréis; mas si con el Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis» (Rm 8,12-13) (Iraburu)

Los enemigos **sólo** se vencen con los contrarios. Por eso dice San Juan de la Cruz:

“Procure siempre inclinarse no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido; no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto; no a lo que es descanso, sino a lo que es trabajo; no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo; no a lo más, sino a lo menos; no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado; no a lo que es querer algo, sino a no querer nada; no a andar buscando lo mejor de las cosas temporales, sino lo peor, y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo” (SMC 1, 13 6)

“En esto conozco que me amas: en que mi enemigo no triunfa de mí” (Sal 40, 12).

En los Apotegmas de los Padres del desierto, se puede leer la metáfora del perro de caza. El perro cuando sale de casa corre alegremente de aquí para allá, salta, va y viene despreocupado, distraído. Pero en cuanto encuentra el rastro de la presa aplica el olfato al suelo y sale disparado como una flecha olvidándose de todo lo demás. Corre veloz. Desde ese momento su rumbo es fijo y su marcha completamente recta. Nada le entretiene, ninguna otra cosa le interesa. No pierde el tiempo. Así debe hacer el alma con su “presa divina”.

San Juan de la Cruz

- “Los apetitos atormentan, cansan, ciegan, ensucian y enflaquecen el alma”.

Pero el alma que vence los apetitos obtiene los efectos contrarios: goza, descansa, ve con claridad, ama con limpieza, se fortalece, está más íntegra y es audaz

Cuando el alma se vacía de sí, se llena de Dios. Se centra más en Él y en lo importante de la vida: es decir, en la sustancia más que en el sabor.

“Está como un enfermo muy fatigado que, teniendo perdido el gusto y el apetito todos los manjares fastidia y todas las cosas le molestan y enojan. Sólo en todas las cosas que se le ofrecen al pensamiento o a la vista tiene presente un solo apetito y deseo, que es de su salud, y todo lo que a esto no hace le es molesto y pesado” (CE 10, 1)

Y dice también el doctor místico:

- “¡Oh si supiesen los hombres de cuánto bien de luz divina los priva esta ceguera que les causan sus aficiones y apetitos, y en cuántos males y daños les hacen ir cayendo cada día en tanto que no los mortifican! Porque no hay que fiarse de buen entendimiento, ni dones que tengan recibidos de Dios, para pensar que, si hay afición o apetito, dejará de cegar y oscurecer y hacer caer poco a poco en peor.

Porque ¿quién dijera que un varón tan acabado en sabiduría y dones de Dios como era Salomón había de venir a tanta ceguera y torpeza de voluntad, que hiciese altares a tantos ídolos y los adorase él mismo, siendo ya viejo? (...) Porque esto tiene el que está ciego del apetito, que, puesto en medio de la verdad y de lo que le conviene, no lo echa más de ver que si estuviera en tinieblas” (SMC I, 8, 6)

San Juan Pablo II, dirigiéndose a los jóvenes, les dijo:

La naturaleza no da nada bello sin esfuerzo y sin trabajo...

El ayuno es el segundo elemento necesario para la primavera del espíritu. Más que el simple abstenerse de alimentos o comida material, representa una realidad compleja y profunda. El ayuno es un símbolo, un signo, una llamada seria y estimulante para

aceptar y realizar renunciaciones. ¿Qué renunciaciones? **Renuncia del "yo"**, es decir, a tantos caprichos y aspiraciones malsanas; renuncia a los defectos propios, a la pasión impetuosa, a los deseos ilícitos. **Ayuno es saber decir un "no"** tajante y decidido a cuanto viene sugerido o solicitado por el orgullo, el egoísmo, el vicio, escuchando a la propia conciencia, respetando el bien ajeno, manteniéndose fieles a la santa ley de Dios. **Ayuno significa poner un límite a tantos deseos**, a veces buenos, para tener pleno dominio de sí, para aprender a regular los propios instintos, para entrenar a la voluntad en el bien. Gestos de este género, en algún tiempo, recibían el nombre de "florejillas". ¡Cambia el nombre, pero queda la sustancia! Eran y continúan siendo actos de renuncia, realizados por amor al Señor o a la Virgen, para conseguir un fin noble. ¡Eran y son un "deporte", un entrenamiento insustituible para salir victoriosos en las competiciones del espíritu! Finalmente, **ayuno significa privarse de algo para subvenir a la necesidad del hermano**, convirtiéndose así en ejercicio de bondad, de caridad.

El ayuno comprendido, realizado y vivido de este modo viene a ser **penitencia**, esto es, conversión a Dios, en cuanto **purifica el corazón** de tantas escorias de mal, **embellece al alma** de virtudes, **entrena la voluntad** para el bien, **dilata el corazón** para recibir la abundancia de la gracia divina. ¡En esta conversión **la fe se hace más fuerte, la esperanza más alegre, la caridad más activa!**

Convertidos a Dios, llenos del Espíritu del Señor, **tendréis una alegría verdadera, profunda y desbordante**; mostraréis una sonrisa genuina y seductora; veréis vuestra juventud como un don estupendo, digno de ser vivido en plenitud y autenticidad de vida humana y cristiana (21-III-1979)

Pedir a Dios la **PUREZA DE CORAZÓN**

Dice San Juan de la Cruz: “Más agrada a Dios una obra, por pequeña que sea, hecha en escondido, no teniendo voluntad de que se sepa, que mil hechas con gana de que las sepan los hombres. Porque el que con **purísimo amor** obra por Dios, no solamente no se le da nada de que lo vean los hombres, pero ni lo hace porque lo sepa el mismo Dios; el cual, aunque nunca lo hubiese de saber, no cesaría de hacerle los mismos servicios con la misma alegría y pureza de amor” (Dichos de luz, 20).

El trabajo de la abnegación del yo

“El trabajo de la abnegación del yo es el trabajo capital de la vida. Allí está la vida espiritual, el punto prácticamente decisivo, la posición estratégica dominante, cuya pérdida o ganancia decide de hecho la batalla de la santidad. La experiencia está ahí para probarlo. Que se examine la vida de los santos malogrados, quiero decir, sacerdotes, religiosos o simples fieles, excelente, fervorosos, celosos, piadosos y entregados pero que, sin embargo, no han sido sencillamente santos.

Se constata que lo que les ha faltado no es ni una vida interior profunda, ni un sincero y vivo amor de Dios y de las almas, sino una cierta plenitud en el renunciamiento, una cierta profundidad de abnegación y totalidad del olvido de sí, que les hubiera entregado al trabajo de Dios en ellos.

Amar a Dios, alabarle, cansarse, matarse incluso en su servicio, son cosas que atraen a las almas religiosas; pero morir totalmente a sí mismas, oscuramente, en el silencio del alma, desprenderse, dejarse despegar a fondo por la gracia de todo lo que no es pura voluntad de Dios, he aquí el holocausto secreto ante el que reculan la mayor parte de las almas, el punto exacto en el que su camino se bifurca entre una vida fervorosa y una vida de elevada santidad” (P. de Guibert).